

RESEÑAS

PILAR GONZALBO AIZPURU y Verónica ZÁRATE TOSCANO (coords.), *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, México, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2007, 315 pp. ISBN 968-12-1240-1

Desde que en el siglo XVII se intentó, por primera vez, en occidente el estudio científico de la fisiología de las pasiones humanas, pensadores de la talla de René Descartes hallaron siempre una estrecha relación entre las afecciones del alma de las personas y las reacciones observables que éstas producían en sus rostros y cuerpos. De acuerdo con esta idea, desde el corazón, la glándula pineal o cualquier otro órgano que se juzgaba anatómicamente apto al efecto, los espíritus fluían a través de toda la máquina humana que, armoniosa, era capaz de transitar visiblemente a través de toda la gama de los sentimientos, simples o compuestos: del amor al odio, de la serenidad al terror, del gozo al sufrimiento.

Un recorrido semejante entre los extremos de las pasiones humanas parece advertirse en el libro *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, coordinado por Pilar Gonzalbo Aizpuru y Verónica Zárate Toscano, en el que desde la perspectiva de la historia de

la vida cotidiana se busca abordar la misteriosa ecuación entre las sensaciones, los sentimientos y su expresión en los cuerpos. En su introducción, las coordinadoras explican la razón de haberlo hecho desde los polos de dos sentimientos aparentemente tan opuestos y distantes como el gozo y el sufrimiento: ambos son, nos dicen, “dos aspectos complementarios de la vida humana”, presentes universalmente y en todas las épocas, y para los que cada cultura ha encontrado explicaciones diferentes, puesto que los ha experimentado de manera diferente. En efecto, lo que la docena de estudios reunidos en este volumen consigue demostrar es lo que Gonzalbo y Zárate llaman la “naturaleza histórica de los sentimientos”. Los diferentes textos, cada uno dedicado a diversas realidades sociales, geográficas y culturales surgidas del común denominador mexicano, nos muestran sentimientos que han dejado a su paso huellas elocuentes —aunque no siempre de fácil lectura— en escritos místicos, manuales de etiqueta, procesos inquisitoriales y judiciales, informes burocráticos y hasta en reseñas de espectáculos, por sólo citar algunas de las muchas fuentes que aquí se citan y emplean, que van desde mediados del siglo xvi a las tres primeras décadas del xx. Las temáticas tratadas por los autores de los diferentes estudios hablan, de manera correspondiente, de una enorme variedad de situaciones emocionales que trascienden a lo social y político: transgresiones de las leyes y normas como la hechicería, el adulterio y otros deseos carnales inconfesables; búsquedas afanosas de la salud y el consuelo físicos y espirituales; placeres exacerbados como el festejo callejero, la gula y la melomanía; o padecimientos algunas veces irremediables como el hambre, la violencia conyugal y el confinamiento carcelario.

Con la diversidad de casos reunidos y los aportes individuales de sus autores, la riqueza de esta colección de trabajos se cifra, como es de suponerse, en la perspectiva metodológica acertadamente adoptada por Gonzalbo y Zárate, muy visible en la estructura del libro. Presentar como algo “vivo” el proceso de transformación cultural

al que se refieren las coordinadoras en su introducción, requería forzosamente una perspectiva de larga duración. En virtud de ella, y si bien se ha optado por dividir la obra en tres secciones temáticas, queda también establecida en el libro una clara línea divisoria en la historia de los sentimientos, un antes y un después que son, puntualmente, los mismos que en el resto del mundo occidental. El “antes” es el universo emocional de los inicios de la modernidad, en el que predomina aún el sentimiento colectivo, heredado de la Edad Media, de una humanidad siempre a la sombra de sus propias culpas y del terror al correspondiente castigo en el día de la ira celestial. El “después” es el del camino abierto por el racionalismo en el siglo XVIII, en el que nuevas ideas y emociones sustentadas en la creencia en la capacidad ilimitada de perfeccionamiento del ser humano lo llevaron a posponer indefinidamente el encuentro con la justicia divina, ante un presente que se prolongaba como campo lícito para la búsqueda de la felicidad terrena.

Veamos ahora cómo se presenta este discurrir en las diferentes secciones que integran *Gozos y sufrimientos en la historia de México*. La primera parte, “Sufrir por Dios y gozar en Cristo”, tiene como marco temporal el virreinato, y como tema principal el calvario del cristiano sublimado como sacrificio ofrecido a la divinidad. Sin embargo, no es menos importante el atisbo hacia el discurso eclesiástico en torno del placer, el pecado y la penitencia. En el caso de la caótica sociedad de frontera zacatecana del siglo XVI analizada por Salvador Treviño, lo que se advierte es la instalación gradual, justo en medio del Nuevo Mundo que algunos imaginaban como la jauja de ilimitada permisividad moral, nada menos que del orden tridentino, predicado por una Iglesia que ve en la reforma de las costumbres una de sus metas más altas, y en la república cristiana de ordenados sentimientos la mejor expresión de ese anhelo. Podría pensarse, al leer acerca de los remordimientos del tendero Juan Esteban Pérez, que estamos ante el triunfo de una religiosidad de bipolaridad irreductible, en la que se pasa de un momento a otro

del goce beatífico al padecimiento desesperado; pero hacerlo sería retornar a una interpretación romántica de la sensibilidad barroca, que el trabajo de Estela Roselló, por demás atractivo, pareciera no rechazar del todo. Más bien, como lo señala Rosalva Loreto en su fino ensayo sobre el miedo entre las monjas y beatas, nos hallamos frente a un “sistema de comportamiento” ya desaparecido, que no sólo aspiraba a controlar de manera muy distinta a la nuestra las pulsiones vitales, sino que aun en la exteriorización de las emociones se regía por códigos en los que manifestaciones elementales como la risa y el contento podían tener una función opuesta a la que hoy le asignamos.

La segunda parte, “El mundo terrenal”, nos lleva a la cotidianidad colonial en que las propensiones naturales del cuerpo dictan sus propias leyes pese a censuras y prohibiciones y donde el dolor parece inevitable. Por esta razón el ensayo de Flor Trejo sobre el mareo en los viajes transoceánicos —destilado puro de sufrimientos— bien podría haberse incluido aquí, mejor quizás que en la primera sección del libro. En cambio, figura adecuadamente en esta parte, la solicitud por los enfermos de milagros que restituyesen su salud, en un tiempo en que la medicina no hacía casi nada por mejorarla. Las personas se sentían más confortadas al abrigo de las reliquias o de una estampa o alguna otra imagen prodigiosa, como nos explica Gabriela Sánchez Reyes. Pero en otros órdenes vitales era poco lo que podía ofrecer el consuelo tradicional de la religión, como ocurría en los casos de desavenencia conyugal que conocemos gracias a la escasa paciencia de los maridos engañados para sobrellevar a la luz del día la cornamenta, lo que si se piensa no está exento de cierto ácido humor, presente en el relato de Teresa Lozano. Empero es menos grato el desenlace terrible contenido en los expedientes leídos por Sonya Lipsett-Rivera en busca de los “guiones de la violencia” a finales de la colonia. En este texto inquietante observamos cómo las leyes no escritas del honor y su restitución sangrienta, toleradas de buena o mala gana por las au-

toridades civiles y eclesiásticas en el mundo hispánico, no estaban ellas mismas exentas de ser objeto de violación artera, en lo que se constituía en una auténtica transgresión de la transgresión.

Mención aparte, en esta sección, merece el trabajo de Matilde Souto donde son puestas frente a frente dos situaciones extremas, pero en modo alguno extraordinarias en esa época: los excesos y el derroche en la mesa, sin los cuales no estaba completa una recepción decente para un nuevo virrey, y el horror del hambre que vacía las trojes y los campos y llena las ciudades de seres famélicos y desocupados, como ocurrió en la crisis agrícola de 1785-1786. Muy pertinente resulta la idea de la autora de develar las condicionantes culturales de un concepto como el hambre; no sólo porque la historia del consumo es una tarea aún por hacer en este país, sino porque con eso se ilumina un aspecto de la crítica ilustrada a las estructuras sociales y económicas que se habían construido sobre los condicionantes naturales de la escasez y abundancia de cosechas, o sobre la diferencia — también supuestamente natural — entre los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco.

De ese modo queda pautado el curso para la tercera y última parte del libro, gracias a la cual la exploración histórica propuesta por las coordinadoras en su introducción se cierra y adquiere pleno sentido. Aquí se narra cómo, tras lo que Jean Starobinski llamó “la invención de la libertad” en occidente, la sociedad del emergente México del siglo XIX buscó a través de diversas maneras “conquistar la felicidad”. Frente a palabras de tanta resonancia revolucionaria, resulta paradójico, como lo demuestra Verónica Zárate, que uno de los canales de expresión más notorios del nuevo espíritu de diversión y búsqueda del placer fueran justamente algunas de las más tradicionales festividades del calendario católico, como las de cuaresma y semana santa. Lo que se ofrece pensar sobre ello es que no era posible, pese a las plumas, los fusiles y las piquetas del liberalismo más radical, construir de la nada una sociedad enteramente nueva tras la Independencia, e incluso después de la Reforma. Para

bien o para mal, la herencia del catolicismo, en la forma de rituales, ordenamientos del tiempo y del espacio o metáforas del lenguaje, continuaría —continúa— formando parte de la pluralidad cultural de un México tercamente conservador.

Lo que sin lugar a dudas puede considerarse como una señal de un cambio cultural profundo en la expresión de los sentimientos durante el siglo XIX mexicano es la emergencia protagónica del individuo. Podría decirse que la Ilustración y las revoluciones liberales otorgaron a las personas dos derechos fundamentales: por una parte, la libertad pública; por otra, los espacios privados de la existencia. Pero podría agregarse un tercero: el derecho a arruinarse la vida por no saber distinguir los límites de los dos ámbitos. Por eso se entiende bien que dos de los trabajos de esta sección se refieran a sendos individuos, hombres eminentes de la esfera cívica que representan también dos maneras distintas de vivir lo privado. En el Conde de la Cortina, gobernador del Distrito Federal en la década de 1830, Leticia Mayer halla al estadista modelado aparentemente en la nueva ética republicana del funcionario, decidido a luchar por el bien común y a aplicar la ley sin distinciones; pero también al *bon vivant* cuyo gusto por la ópera y por algunas de sus intérpretes guiaba su política sobre espectáculos, y acabó siendo causa de disturbios públicos y hasta de incidentes diplomáticos. Por su parte, la revisión de la vida personal de Antonio López de Santa Anna por Will Fowler recuerda por qué los estudios biográficos están contribuyendo de manera importante a la renovación de la historiografía. A la luz de la evidencia documental acerca de su familia legítima e ilegítima, sus amistades y sus gustos e inclinaciones, termina de derrumbarse el mito de Santa Anna como el ser monstruoso que se erigió en dictador para consumar la peor traición a la patria. En vez de eso aparecen los rasgos de un hombre de su tiempo y de su medio que, en medio de todos los desastres de su carrera política, tuvo sin embargo, la prudencia necesaria para mantener separadas las dos esferas de su vida.

La tercera parte de *Gozos y sufrimientos* concluye de manera retadora, cuestionando nuestra familiaridad con los protagonistas de la modernidad hasta aquí descrita. De esa forma, el artículo de Elisa Speckman, complementado con interesantes ejemplos de la gráfica popular, habla tanto de los límites de la libertad como de las decepciones del progreso. A la vuelta de dos siglos, y pese a todas las teorías decimonónicas sobre la readaptación social del delincuente, lo único que logró el Estado liberal y revolucionario en materia de prisiones fue sustituir el dolor y el tormento en que se fundaba la justicia del antiguo régimen por horrores de otra clase, algo que hasta hoy, como se sabe, perdura empeorando a diario. La modernidad, empeñada aparentemente en eliminar el sufrimiento y pavimentar el camino del hombre a la felicidad, parece fracasar en las instituciones encargadas de “custodiar” la seguridad pública, y nuestra cómoda distancia respecto del pasado remoto se esfuma amenazadoramente.

En conjunto, se puede concluir que *Gozos y sufrimientos* enriquece las perspectivas de la historia cultural y de lo cotidiano en nuestro país, en el momento historiográfico abierto por la reciente publicación de la extensa *Historia de la vida cotidiana en México*, dirigida por Pilar Gonzalbo. Se consolida así una tendencia académica que parece abandonar definitivamente lo meramente descriptivo, riesgo constante en este tipo de estudios, en busca de enfoques analíticos más ambiciosos, donde la larga duración habrá de combinarse con un escrutinio crítico de la evidencia histórica, atento a las finalidades y destinatarios originales de las fuentes. Al mismo tiempo, se perfilan con más claridad algunos de los retos metodológicos que esta corriente ha de abordar con prontitud; destaca entre otros el del adecuado uso e interpretación de los documentos visuales del pasado que, con importantes excepciones como los estudios sobre la fotografía, han sido relativamente poco aprovechados en nuestro medio.

Si todo lo anterior no basta para congratularse por la aparición de este libro, resta decir que *Gozos y sufrimientos en la historia de*

México alcanza estos logros gracias a que los autores participantes, tal como lo confiesan las coordinadoras, han disfrutado por igual del “placer del relato” y del “deber de la interpretación” en la escritura de sus textos. Después de todo, ¿quién que se haya dedicado a la historia de la vida diaria no se ha sentido a veces obligado a callar y a dejar hablar al documento, bien por la extrañeza que nos causa lo allí referido, bien por lo único de la expresividad de su lenguaje, bien por la contundente síntesis de una mentalidad que intuimos representada en él? Sin ese sentimiento, sin la capacidad para entender que de vez en cuando hay que permitirse ese “gozo”, no se podría escribir adecuadamente esa historia, y aún el mejor intérprete de ese pasado sería poco menos que ilegible.

Iván Escamilla González

Universidad Nacional Autónoma de México

ANNE STAPLES, *Recuento de una batalla inconclusa: la educación mexicana de Iturbide a Juárez*, México, El Colegio de México, 2005, 472 pp. ISBN 968-12-1181-2

A lo largo de las primeras décadas del siglo XIX mexicano se postularon y desarrollaron diversos proyectos educativos. Sus historias —teñidas por un paradójico sentido que entrelazó el optimismo de la impronta ilustrada y la sostenida frustración acerca de su realización— son presentadas en este trabajo.

El periodo abordado comprende la primera mitad del siglo XIX —más exactamente de Iturbide a Juárez como se indica en el título del texto. En este lapso se desarrolló el “planteamiento” y la “puesta en práctica” de una serie de propuestas educativas. El nudo del trabajo está en advertir cómo aquellas propuestas se encarnaron en diferentes instituciones.